

Jeremías

Epílogo

Dayton Keese

¡**Q**ué libro! ¡Qué profeta! ¡Qué Dios! Aunque, en relación con el libro de Jeremías, lo apropiado sería hacer una declaración culminante de resumen, esta resulta muy difícil para la pluma de un ser humano. Durante mi investigación para este estudio, subrayé las aseveraciones de diferentes autores con el fin de hacer una meditación especial. Puede que a usted también le ayuden tales aseveraciones en su estudio.

¡*Qué libro!* Resuena con el fin de los impíos y nos recuerda que la impenitencia lleva a la destrucción. El engaño y la indiferencia llevan al desastre. Los oídos que no oyen, los ojos que no ven y los pies que se apartan de la verdad resultan en la destrucción. Los falsos profetas, los sacerdotes corruptos, los dirigentes inconstantes y un pueblo arrogante constituyen los ingredientes para el fin de una nación. A un Dios de justicia no le queda más que recetar castigo, dolor, aflicción y vergüenza para los tercos que se obstinan en la desobediencia.

La escena en que se presenta a Judá andando por el sendero de la degeneración hace aun más espléndido el mensaje de Jeremías, pues este habló de la providencia de Dios y de Sus planes para un mejor mañana. En una tierra desgarrada por la guerra, las profecías de Jeremías y las promesas de Dios revelaron un rayo de esperanza. Un comentarista expresó que las promesas de Dios para el remanente son «sencillamente luces trémulas de la lejanía, como la estrella del alba, que brilla entre las nubes, sin que realmente se disipen por ella las sombras de la noche, aunque anuncia que la salida del sol se acerca, y que ella al fin tendrá la victoria».¹

¹ Otto Von Gerlach, en C. F. Keil y F. Delitzsch, *Biblical Commentary on the Old Testament* (Comentario bíblico del Antiguo Testamento), vol. 8, *Jeremiah, Lamentations* (Jeremías, Lamentaciones) (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., s. f.), 455.

G. Campbell Morgan añadió:

Aquí se observa a Dios siempre «Velando por los Suyos», esto es, por Sus propósitos, y siempre avanzando hacia el completo y glorioso cumplimiento de estos. El Nuevo Testamento es de la misma índole, y en este observamos la marcha de Dios hacia el cumplimiento de los propósitos de Su amor eterno. Andar en la luz de Su revelación equivale a no encontrar razones para la desesperación, sino para marchar, aun por las tribulaciones y las abrumadoras tinieblas, con cánticos acerca del triunfo venidero por siempre en nuestros labios, y con la luz de la Ciudad de Dios brillando por siempre en nuestros ojos.²

¡*Qué profeta!* ¡No es de extrañar que Dios incluyó la historia de la vida de este en Su palabra! Muchos se han beneficiado con el estudio de las dudas, el crecimiento espiritual, la dedicación y la determinación de Jeremías. Su persistente predicación a un pueblo que no se arrepentía, su llanto por los caminos inicuos en que andaban ellos —de hecho, todas sus emociones y sus luchas— nos dejan un ejemplo que puede ser tanto desafío como consolación. Ningún predicador se queda sin provecho al seguir en las pisadas de Jeremías, al esforzarse para marcar el paso junto con este profeta que saturó sus sermones con un «así dice Jehová».

Bill Banowsky observó:

[Jeremías ha sido representado como] un anciano, desconcertado y destrozado, sentado sobre las ruinas de la ciudad devastada, con su noble cabeza descansando penosamente sobre sus manos y con el rostro inclinado para no ver el miserable fracaso de sus prédicas. Sin embargo, el profeta sabía que la remoción de las

² G. Campbell Morgan, *Studies in the Prophecy of Jeremiah* (Estudios en la profecía de Jeremías) (Old Tappan, N. J.: Fleming H. Revell Co., 1969), 288.

cosas que estaban estremeciéndose, era con el propósito de que pudiera ser iluminado aquello que no podía estremecerse.

En una era de cambios, convulsión y revolución, Jeremías, con decidida fe, proclamó la inexorable realización del plan eterno de Dios. Su recompensa inmediata fue la burla, la persecución y la ingratitud. Pero Jeremías permanecerá para siempre como una sólida piedra angular en ese fundamento de los profetas sobre el cual se levanta el majestuoso edificio de la iglesia de Dios.³

Adam Clarke hizo ver el patriotismo de Jeremías:

¡Ustedes, patriotas, que se ufanan de desear con ardor el bienestar de su país, miren las profecías y la historia de este hombre extraordinario; miren sus Lamentaciones; recíbanlo siguiendo su vida hasta su muerte, y aprendan de él en qué consiste el verdadero patriotismo! El hombre que veló, oró y vivió por el bienestar de su país; que eligió participar en las adversidades de este, en sus aflicciones, sus necesidades, su pena y su desgracia [...] que dejó de vivir para su país hasta el momento en que dejó de respirar —¡este fue un patriota...!'⁴

Costen J. Harrell combinó las influencias de Jeremías y de Jesús en este homenaje final para el profeta:

La tierra donde nació cayó abatida, y sus parientes lloraron junto a los ríos de Babilonia. Según las normas del mundo su vida fue un fracaso. Sin embargo, «los fracasos de algunos hombres son eternidades que trascienden los éxitos de otros». Jeremías abrió el camino de la religión interna, personal; y Jesucristo, seis siglos después, lo convirtió del en una vía sobre la cual todos los hombres podrían marchar en comunión con el Eterno y hacia la Ciudad de Dios.⁵

¡Qué Dios! El hecho de que el Señor continuó dando esperanza después de siglos de rebeldía de Israel y de Judá subraya Su paciencia, Su perseverancia y Su providencia. Jamás debería ponerse en duda la idea de que Dios es amor (1^{era} Juan 4.8). Considere los valles en los que ha entrado con discípulos desobedientes, dándoles todavía un rayo de esperanza. A pesar de los

senderos escogidos por Su obstinado pueblo, ¡Dios ha preparado puertas que son perlas por donde Su pueblo ha de entrar para caminar por calles de oro! No hay duda de que Su amor «todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta» (1^{era} Corintios 13.7). No obstante, las promesas que hace Dios de salvarnos, jamás deben verse como un escape incondicional. Él demanda penitencia, y castigará a todos los que insistan en la rebeldía. W. F. Adeney dijo:

Dios envía castigo sobre la tierra. Y no [exime] a nadie de este —en todo caso no [exime] a los cristianos, porque «Jehová al que ama, castiga». Si no hubiera esperanza de ser castigados, y si el castigo fuera señal de haber sido desechados para siempre por Dios, bien podríamos dejarnos llevar de una vez por todas por la más hosca desesperación. Pero hay aliento en la idea de que es temporal, de que ayuda a bien, y de que puede aliviarse y acortarse por el arrepentimiento inmediato y la sumisión paciente.⁶

Lo que Dios nos exige no sustrae de Su constante anhelo de tener una relación amorosa con la humanidad. El hecho de que Dios es *un amoroso Señor* debería atraernos a Él. Si a Jeremías se le ha señalado acertadamente como «el profeta llorón», fue de la Deidad que él recibió esa disposición. ¡El modo de ser de Jeremías provino del Maestro! G. Campbell Morgan destacó esa disposición divina y la influencia que debería tener en nosotros:

Habremos sido descuidados en la lectura de esta profecía si solo vemos en ella las aflicciones de un hombre. «¡Oh, si mi cabeza se hiciese aguas, y mis ojos fuentes de lágrimas, para que lllore día y noche los muertos de la hija de mi pueblo!». ¿Podemos encontrar algo que llegue a la altura de esto? Ya lo encontramos. Hemos viajado a través de los siglos hasta hallarnos situados sobre las faldas del Olivar con un hombre más solitario que Jeremías, y lo hemos visto contemplando a Jerusalén, y lo hemos oído declarar el fin de esta, llorando mientras lo hacía. Ese es el cumplimiento de la profecía de Jeremías [...] La interpretación del sufrimiento de Jeremías ha de hallarse en el sufrimiento de Jesús; y la interpretación del sufrimiento de Jesús ha de hallarse en el sufrimiento de Dios.⁷

³ Bill Banowsky, "Jeremiah" («Jeremías»), *2nd Annual Ft. Worth Christian College Lectureship* (2^a Conferencia Anual del FWCC) (1961): 320.

⁴ Adam Clarke, *The Holy Bible With a Commentary and Critical Notes* (La Santa Biblia con comentario y notas críticas), vol. 4, *Isaiah to Malachi* (Isaías a Malaquías) (New York: Abingdon-Cokesbury Press, s. f.), 398.

⁵ Costen J. Harrell, *The Prophets of Israel* (Los profetas de Israel) (Nashville: Cokesbury Press, 1933), 142.

⁶ T. K. Cheyne y W. F. Adeney, *The Pulpit Commentary* (El comentario del púlpito), vol. 11, *Jeremiah, Lamentations* (Jeremías, Lamentaciones), ed. H. D. M. Spence and Joseph S. Exell (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1950), 2:72.

⁷ Citado en J. Sidlow Baxter, *Explore the Book* (Examine el libro), vol. 3, *Poetical Books* (Job to Song of Solomon) (Libros poéticos) [Job hasta Cantares], *Isaiah, Jeremiah, Lamentations* (Isaías, Jeremías, Lamentaciones) (Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1974), 276.

J. Sidlow Baxter añadió:

Preste mucha atención entonces, a este hombre extraordinario, Jeremías; y mientras los pensamientos se detienen con admiración sobre él, deje que la oración del corazón sea esta:

Enséñame, oh Señor, a servir como Tú serviste
A dar, y a no reparar en el costo;
A luchar sin preocuparme por las heridas;

A trabajar sin procurar descanso;
A laborar sin pedir recompensa alguna,
Salvo la de saber que hago Tu voluntad.⁸

Jeremías diría: «¡Ese espíritu te sustentará y te garantizará el éxito delante del Todopoderoso y Soberano Dios, que es Jehová de los ejércitos!».

⁸ Ibíd.

La caída de Jerusalén (2º Reyes 25.1–12)

«**A**conteció a los nueve años de su reinado, en el mes décimo, a los diez días del mes, que Nabucodonosor rey de Babilonia vino con todo su ejército contra Jerusalén, y la sitió, y levantó torres contra ella alrededor. Y estuvo la ciudad sitiada hasta el año undécimo del rey Sedequías. A los nueve días del cuarto mes prevaleció el hambre en la ciudad, hasta que no hubo pan para el pueblo de la tierra. Abierta ya una brecha en el muro de la ciudad, huyeron de noche todos los hombres de guerra por el camino de la puerta que estaba entre los dos muros, junto a los huertos del rey, estando los caldeos alrededor de la ciudad; y el rey se fue por el camino del Arabá. Y el ejército de los caldeos siguió al rey, y lo apresó en las llanuras de Jericó, habiendo sido dispersado todo su ejército. Preso, pues, el rey, le trajeron al rey de Babilonia en Ribla, y pronunciaron contra él sentencia. Degollaron a los hijos de Sedequías en presencia suya, y a Sedequías le sacaron los ojos, y atado con cadenas lo llevaron a Babilonia.

En el mes quinto, a los siete días del mes, siendo el año diecinueve de Nabucodonosor rey de Babilonia, vino a Jerusalén Nabuzaradán, capitán de la guardia, siervo del rey de Babilonia. Y quemó la casa de Jehová, y la casa del rey, y todas las casas de Jerusalén; y todas las casas de los príncipes quemó a fuego. Y todo el ejército de los caldeos que estaba con el capitán de la guardia, derribó los muros alrededor de Jerusalén. Y a los del pueblo que habían quedado en la ciudad, a los que se habían pasado al rey de Babilonia, y a los que habían quedado de la gente común, los llevó cautivos Nabuzaradán, capitán de la guardia. Mas de los pobres de la tierra dejó Nabuzaradán, capitán de la guardia, para que labrasen las viñas y la tierra».

La muerte de los últimos cinco reyes de Judá

Jeremías profetizó durante el reinado de cinco reyes de Judá. ¿Cuál fue la causa del fin o de la muerte de cada uno de estos?

Josías:

Josías estaba bajo el dominio de Asiria, y Egipto estaba en guerra contra Asiria. Josías murió en el 609 a. C., después de pelear contra Faraón Necao, rey de Egipto, en la llanura de Esdraelón, cerca de Meguido (2º Crónicas 35.24). Murió en Jerusalén, y su cuerpo fue enterrado allí.

Joacaz:

Faraón Necao, rey de Egipto, reinó sobre Palestina durante varios años. Se llevó cautivo a Joacaz a Egipto en el 609 a. C. (2º Reyes 23:30–34; 2º Crónicas 36.1–4; vea Jeremías 22.10–12).

Joacim:

Fue muerto por Nabucodonosor, rey de Babilonia, en el 598 a. C.

Joaquín:

Fue llevado al exilio en Babilonia en el 598 a. C., junto con muchos nobles, gobernantes y artesanos (incluyendo a Mardoqueo; Ester 2.5–6). A Joaquín (Jeconías) se le permitió salir de la prisión, y se le dieron alimentos, vestidos y favores de palacio por el resto de su vida (Jeremías 52.31–34; 2º Reyes 25.27–30).

Sedequías:

Cuando Jerusalén cayó en el 586 a. C., en manos de los babilonios, Sedequías trató de escapar, pero fue apresado y llevado a Nabucodonosor, quien mató a sus hijos delante de él y luego le sacó sus ojos. Fue llevado al exilio en Babilonia junto con muchos más. En cumplimiento de la profecía de Ezequiel 12.13, no vio la ciudad de Babilonia, sino que murió allí (Jeremías 39.6–8; vea 52.11; vea también 2º Reyes 24; 25; 1º Crónicas 3.15; 2º Crónicas 36.10–11).